

Tiempo de Bar

Edgar Petrovich



Capítulo 1

SI EL TIEMPO ES LIMITADO, HAZ QUE EL RECUERDO SEA ETERNO.

Habían pasado solo 3 minutos del horario de apertura del bar cuando los pesados pasos en apuro de Freddy irrumpieron el silencio de la desolada cuadra al atravesar la calle. Era el comienzo de un nuevo año y en la ciudad casi todos estaban de vacaciones. La casera aún estaba barriendo el pórtico de la cantina en el momento en que Freddy entró al lugar sin hacer ruido alguno, sobre la basura ya apilonada y el descontento de la empleada.

Atravesó el largo pasillo, decorado con posters de bandas ya olvidadas, hasta el sitio en donde estaba la barra, abatido por el ajetreo del día de trabajo que tuvo. Solo esperaba tomarse unas cervezas en lo que el abrasante calor de verano se marchaba detrás de la puesta de sol, para luego volver a su casa. El bar estaba aún vacío, de esos bares rústicos que llevan el nombre de alguna ciudad europea en un país en desarrollo para dar la impresión de ser distinto a los demás de la ciudad. Las sillas de la barra, de madera gruesa, parecían haber permanecido bajo la lluvia de la noche anterior porque en sus asientos aún se notaban manchas como lunares húmedos, pero al hombre no le importó, estaba cansado, y solo había ido hasta allí buscando refugio en una copa helada de cerveza, no esperaba nada más.

El barman detrás de la barra trató de animar el salón con canciones que eran de su agrado, ninguna que podría llamar la atención de Freddy, quien, como conspirando con el tiempo, se sentó al final de la barra frente a un gran reloj que no parecía avanzar con ganas.

- ¿Va a servirse algo señor? - preguntó la empleada con tono poco amigable por el inconveniente anterior con su cliente. Freddy la miró con ganas de preguntar si lo acompañaría, aun sabiendo que la respuesta lógica sería que no, pero creía al menos que le haría bien tener una charla casual de la cual no le importaría recordar nada horas más tarde, sin embargo, luego de haber trazado toda una ficción sobre ese momento en la cabeza respondió con una negación silenciosa.

- Me avisa cualquier cosa, ¿ok? - dijo la joven y se retiró.

Las canciones seguían pasando una tras otra, como un ciclo sin sentido de sonidos que mueren en silencio, ironía de la vida: decorar con una cerveza el tétrico arte, de artistas selectos, de esperar algo esperando nada.

¡Perdón perdón perdón perdón! Estoy llegando tarde, el tráfico no perdona ni en vacaciones - Dijo una voz desde la entrada del bar como hablándole a nadie. Era una mujer que parecía despistada, de esas personas

enérgicas que muestran inocencia en su actuar, enojada pero sonriendo. Saludó a todos los empleados con los que se cruzó.

Era evidente que trabajaba en el bar, al menos fue ese el pensamiento de Freddy, que de otra manera no entendía una justificación abierta.

- Son más de las 18:30 y no tenés ninguna bebida contigo - Dijo la extraña mientras se acomodaba en la silla contigua a la de Freddy - Admirable fuerza de voluntad - continuó.
¡Dos de las de siempre Flaco! - Pidió la mujer al barman, quien ya tenía preparado el pedido antes de que la chica hablara.

Enseguida el espacio que ambos compartían se vio decorado de dos grandes botellas de cerveza rubia, con el aspecto de las publicidades de bebidas que dicen refrescar hasta el pensamiento: con escarchas de hielo resbalando sobre el cuerpo del envase y con un pequeño gorro de espuma que llegaba hasta la corona de la botella.
Sin dudar, y de manera automática, Freddy tomó dos copas del mostrador y sirvió en ambas una cantidad prudente de cerveza.

- ¿Está bien? Preguntó, haciendo un gesto acerca de la medida que había servido.

- Sí, sí. Está bien... pero antes debo atender un pequeño problema de trabajo, empieza vos, yo invito. - desafió la señorita sonriendo mientras buscaba en su celular quién sabe qué cosa.

Para cuando Freddy terminó su primera copa, y ya un poco más dispuesto a dejarse llevar por la música del lugar, moviendo con gracia la cabeza, su compañera bajó el celular y se presentó.

- Mi nombre es Emma, sé que parezco una loca pero le juro que es imposible mantener la cordura con el tipo de clientes con quienes trato.

- ¿A qué te dedicas? Preguntó Freddy

- ¿Tenés nombre? Replicó rápidamente Emma

- Sí, soy Freddy, perdón. Sentí que nos conocemos de hace años.

- Pues si es así, no deberías preguntar a qué me dedico Fred, ya lo sabés
- Dijo Emma, le sonrió y continuó después de un sorbo de la cerveza que tenía en frente - Estoy en el rubro de bienes raíces, es aún una empresa pequeña pero en expansión. Hace unas pocas semanas nos mudamos de oficina y ciertos clientes aún no se acostumbran al cambio de organización.

¿Cómo es posible que deba realizar el trabajo de 3 personas cuando muchas veces hasta me olvido de mí? - Sentenció la colérica mujer.

Le prosiguieron palabras que se mezclaron con balbuceos dignos de expertos bebedores cuando Emma llevó su copa a la boca mientras seguía explicando las cosas que hace a diario.

Freddy quedó admirado, tanta pasión bifurcada en diferentes emociones sobre tantos temas: el trabajo, la educación, el presente, el futuro. Mirar esos labios moverse sin temblar le traían recuerdos de él mismo tiempo atrás, con tantas ganas de rendir al mundo a sus pies. En varias ocasiones la vergüenza de hablar con una mujer con demasiado carácter hacía que baje la cabeza o mire a los costados porque encontrarse en miradas le daba miedo.

- ¿Y vos qué haces? - Dijo Emma, interrumpiendo el trance que llevaba Freddy - Ya demasiado hablé de mí. Seguro tenés una vida mucho más interesante que la mía.

- No, para nada. - Trató de consolar el joven sin saber cómo proseguir con el hilo de la comunicación.

- Yo me dedico a escribir, pero no soy de esos redactores de éxitos como lo es J. K. Rowling, solo escribo... ideas. Supongo que lo que me hace diferente es que busco simplificar todo, cuando la mayoría tiende a magnificar hasta el más mínimo detalle tratando de obtener mayores atenciones. Y la gente no tiene tiempo para enfocarse en grandes cosas que suenan como piezas que uno debe resolver. La simplicidad es el primer paso de la naturaleza, y el último del arte.

- Vaya frase... ¿La tomaste de un libro de autoayuda? - Dijo Emma mientras recargaba ambas copas con cerveza y sonreía cómplice como mofándose del joven.

- En realidad, sí - dijo Freddy - Aprendiendo de Campeones de Franco Alcalde, lo llevo conmigo justo acá, como fuente de inspiración en esos momentos de laguna existencial.

¿Querés verlo? - Preguntó - Es más, te lo regalo... ¡Tomá! - Extendió la mano sujetando el pequeño libro antes de recibir una respuesta, tratando de no pensar mucho para no arrepentirse de lo que hizo atendiendo un impulso desconocido - Estoy seguro que podrás hacer de él una herramienta para crecer, o al menos para distraer tu mente en esos días en donde el trabajo no te deja respirar.

Emma sonrió nerviosa y desconfiada esperando que se tratase de una broma, pero la mirada segura del escritor la hizo entrar en razón del

momento y no dudó en rechazar el obsequio.

- ¡No! No puedo aceptar, el libro es tuyo y yo no tengo nada que dar a cambio.

- Que cuenten las cervezas, y el que estemos hablando. Es mucho más de lo que te doy.

- No, de verdad no puedo aceptarlo - Volvió a insistir Emma

- Hagamos un trato... ¿te gustaría? - Propuso Freddy - Vos llevas el libro y yo prometo escribir algo acerca de este día.

Emma miró con sospecha al joven, y luego de pensar un poco tomó con prisa el libro de sus manos. Mientras lo hojeaba y apreciaba no dejaba de agradecer el gesto.

- ¡Salud! - Dijo Freddy levantando su copa - Porque las palabras se hagan música y acompañen nuestros días.

- ¡Salud! - Respondió Emma - Por los detalles que hacen que uno reinicie en emociones.

Las copas se chocaron y terminaron vacías en menos de lo que tomó llenarlas.

El bar comenzó a lucir de otra manera, más movido, con personas que llegaban y otras que se iban, canciones que ambos disfrutaban y otras que llevaban a reflexiones líricas. Siguieron hablando de todo, la pausa para comer algo les sirvió para dilucidar cosas que en el pasado pudieron haber vivido juntos, espejismos extraños que hacían notar una clara conexión distante en tiempo, pero que los mantenía en ese momento libres para disfrutar el uno del otro. Eran dos universos colapsando en destellos de risas eternas. Ella le contó cómo le iba en el amor, y sus últimos intentos por establecer con alguien una relación duradera, él le habló de cómo esperaba cambiar su suerte con ideas que parecían haber sido sacadas de una revista futurista sobre tecnologías y ficción. Ambos se mostraron como personajes desnudos sobre hojas de un cuento que estaba comenzando a escribirse.

El gran reloj marcó, se detuvo y siguió, pero no parecía importar cuándo acabaría la noche. Freddy esperaba que el tiempo estuviera de su lado, aunque se encontraba sin recursos para frenar el distorsionado momento en el que el sentirse más cerca de las estrellas suponía un acelerado paso de las manecillas del reloj.

- ¿No te asusta? - Preguntó Emma mirando el reloj en la pared y con el

tono de voz ya un tanto disparejo debido al alcohol

- ¿Qué cosa? - Dijo Freddy

- Todo esto. Una centena de factores coincidentes. La conexión. Los hechos.

- ¿Y por qué asustaría?

Luego de una pausa sin prisas Emma suspiró y respondió

- No somos dueños del tiempo. Todo pasa y solo quedamos nosotros, es una idea vana el pensar que porque estamos, somos. ¿Me comprendes? Como si supiera que mañana nada de lo que estamos percibiendo, sintiendo o haciendo va a tener el mismo sentido.

Y en un mundo donde todo tiene su por qué y para qué, el que nos encontremos acá sonriendo no significa que el mañana nos aguarda con saldo positivo, no podemos esperar que todo sea como debe ser. ¿No te da miedo eso? Creer, sentir.

- Tal vez sí, pero no comparto. ¿No te parecen algunas cosas y momentos lo suficientemente reales como para hacer de un segundo una vida? Eso no es producto ni de la casualidad, ni de la coincidencia, ni de la ebriedad... nosotros lo creamos - Dijo Freddy

- ¿Cómo? - Preguntó Emma con un tono triste.

Freddy se paró, la miró repleta de inseguridades y la abrazó. El ruido del bar se silenció, la noche se hizo día, el frío calor y la música los acompañó.

- Esto es real - susurró Freddy al oído de la desconsolada chica

- Pero no va a ser eterno - Respondió ella

- No tiene que serlo - dijo el joven - Tiene que ser real, y al sentirlo así vas a darte cuenta de que creaste algo para toda la vida, aunque ya no esté.

¿No te das cuenta? Todo lo que pudo pasar, y está pasando esto. Imagínate, cuando despertamos nos regalan 24 horas, 86.400 segundos. Cada segundo conteniendo opciones incontables, posibilidades y decisiones de las cuales solo una puede emerger. Cada segundo tiene la habilidad de crear una vida y borrar otra dependiendo de qué elijamos hacer. Este abrazo no tiene miedo, no esconde nada, no promete nada, pero nos regala una vida nueva. Capaz no cambie nada mañana, tal vez no te sientas diferente de camino a casa, pero ambos nos sentimos en

otro lugar ahora. Es solo eso.

Los ojos de Emma se llenaron de lágrimas, no era el tipo de cosas que esperaba escuchar de un desconocido luego del trabajo. Pensó en su vida... en lo que hizo, en lo que dijo, en lo que aguantó y cayó, en lo que amó y perdió. Pero contuvo el llanto con todas sus fuerzas, su respirar se hizo lento y profundo, como queriendo decir mucho más sin poder hacerlo, queriendo reprimir el océano de emociones que se le escapaban entre suspiros.

Queriendo escuchar que no tenía razón, que sí sería eterno. Los brazos de Freddy se alejaron y se miraron en silencio agradeciendo con el corazón.

- Me tengo que ir - Dijo ella

- También yo - Dijo él

- ¿Te voy a volver a ver? - Preguntó Emma

- Si, alguna vez. Si tiene que ser, va a ser. Y si querés que esté, voy a estar.

Ella tomó su libro, le dio un beso en la mejilla a su compañero de copas y se fue caminando por el largo pasillo del bar. Su día, con trabajo extra y malos pensamientos, con inseguridades y confusiones, terminó con un momento del que aprendió mucho más que en otros lugares. Las palabras de aquél escritor resonaban diferente a cualquier otra cosa que haya escuchado antes, se alejaba, si, con el mismo miedo que la había sorprendido en la noche, pero con la seguridad de que alguna vez, otra vez, volvería a hacer eterno un segundo.

Él, que no esperaba nada, se quedó sentado en el bar viendo como su otra mitad se alejaba. Se entregó a las canciones que sonaban, abrazó el silencio que le restaba. Fue al bar motivado por unas cervezas, volvió a su casa con la tristeza de entender que a veces la eternidad de un segundo no basta.